

sus ministros lo sean y se abstengan de semejantes actos en las cosas posibles, queriendo el demonio que los de su falsa ley y seta hiciesen esta inferencia. La castidad es buena, y nuestro Dios nos la enseña y manda que seamos castos, luego bueno es él; y no advertían estos desventurados ciegos que no porque él es bueno mandaba un acto de virtud tan heroico, sino que por ser el hecho en sí bueno, es apetecible; y que la razón natural inclina al hombre a apetecer aquello que es más conforme a la rectitud de la naturaleza; y así, no porque el demonio fuese bueno (que no lo es) era bueno el acto, sino por ser bueno el acto y hecho, parecía bueno el que lo mandaba.

CAPÍTULO XXVII. *De los sacerdotes epulones (u de los convites que entre estas gentes indianas habia) que fueron muy celebrados entre los romanos*



INVENTÓ LA GENTILIDAD MODERNA de esta tierra indiana unos sacerdotes, cuyo oficio era incitar a las gentes de ellas a las fiestas de algunos dioses, en las cuales el fin era comer y beber y pasar la vida con más regalo que en otras fiestas acostumbraban. Una de éstas era honra de todos los dioses, los cuales fingían haberse ido a otras partes, o ya por tenerlos enojados, o ya porque fueron a visitar otras tierras, gentes y pueblos, a cuya vuelta los festejaban de esta manera. Veinte días antes de su fiesta (que se llamaba Teutleco) ataban a todos los niños unos hilos flojos de algodón a las muñecas de los brazos, y otros a las gargantas y cuellos, y hacíanles unos guacalejos pequeños, o carguillas de poco peso, en las cuales ponían unos panecillos y un jarrillo también pequeño con aguas, las cuales carguillas traían muchos ratos del día los niños, a cuestras, hasta que se llegaba el día de la fiesta. La significación de esto era decir que aquellos niños, como inocentes, aplacaban a los dioses, saliéndolos a recibir con aquel refresco y ofreciéndoles aquellos panes y agua, pareciéndoles, como solemos decir los castellanos, que dádivas quebrantan peñas; y vemos haber usado Jacob de esta astucia cuando supo que su hermano Esaú le venía al encuentro, volviendo de Mesopotamia. Finalmente, con la intención dicha, hacían esta preparación todos los de la república, los cuales pasados y llegado el día principal y festivo descargaban a los niños y desatabanles los hilos, fingiendo haber ya llegado los dichos dioses y venirles propicios y favorables; y llamaban a esta ceremonia neypliztli, cuyo fin y remate eran muy grandes convites y muchas bodas, de las cuales no eran los menos aventajados los sacerdotes, a cuyo cargo estaban las dichas fiestas y celebraciones.

No va muy lejos esta costumbre de la que los romanos tuvieron en la elección de los sacerdotes epulones, los cuales (como dice Tulio)¹ constitu-

¹ Cicer. lib. 3. de Orat.

yeron los pontífices sumos para que tuviesen oficio y poder de señalar los convites y cenas que hacían a Júpiter y a los otros dioses, las cuales llamaban *Epulare sacrificium*, sacrificio de convites y mesas sacras; y de aquí cobraron ellos el nombre de epulones, que es como decir comilones o tragones, que así los llama San Agustín,² en el libro tercero de la *Ciudad de Dios*; y aun en el sexto los llama grandes borrachos. El origen y fundamento que tuvieron los romanos para elegir estos sacerdotes fue éste (según Tito Livio):³ que como sobreviniese una gran pestilencia en Roma, en la cual no quedaban hombres, ni mujeres, ni animales, ni otras cosas vivientes que no muriesen en grandísimo número, como no supiesen la causa ni hallasen el fin de ella, acudió el senado a los sacerdotes que tenían cargo de leer los libros sagrados, entre los cuales hallaron, en uno de las Sibilas, que se debían convidar a los dioses a cenar, principalmente a Apolo, Latona, Júpiter y otros semejantes. Aparejaban una rica cena y camas muy ricamente aderezadas, donde se acostasen los dioses, y dejábanlos así, como fingiendo que luego venían y lo cenaban; y lo cierto es que los sacerdotes se la cenaban y comían cuanto podían y bebían hasta caer, como dice San Agustín,⁴ a los cuales llama epulones, aparejados y dispuestos para comer.

Prosiguiendo, pues, la borrachera que escribe Tito Livio acerca del origen que tuvo, hicieron los romanos, en nombre de toda la ciudad a estos dioses, ocho días de convites y cenas, con los cuales se aplacaron y cesó la mortandad y pestilencia. Y demás de los convites, que el senado ordenó a los dioses, hizo cada vecino en su casa el suyo a puerta abierta y sacando a las calles cuanto tenían en sus casas, haciendolo franco todo, a yentes y vinientes, a conocidos y extraños, ciudadanos o forasteros, a amigos o enemigos, porque entonces a todos se admitían y muy benigna y amigablemente unos con otros comunicaban; y por aquellos días soltaban todos los presos de las prisiones. De aquí parece cuanto fueron engañados y burlados y muy poseídos de los demonios los romanos y estas gentes de esta Nueva España, por la falta que hubo en ellos del verdadero conocimiento de Dios; pues cada y cuando que los demonios querían (aunque no sin permisión de Dios y particular juicio suyo) para más fortalecerlos en su culto idolátrico, les enviaban pestilencias y muertes con otros infortunios, haciéndoles entender a los unos tan ciega falsedad, como era pensar que la condición de Dios se aplaca con convites; y a los otros, que se iban mudando lugar (cosa ajena de la deidad y esencia divina, pues todo lo hinche y que jamás se muda) y que con que los niños y niñas saliesen a recibirlos con su comidilla, quedaban pagados y aplacado su furor, siendo tan ajeno y apartado de Dios todo manjar y bebida. Aunque no hay que maravillarse, que quien inventaba tan falsos dioses, los convidase con semejantes borracheras, de las cuales gozaban y se hartaban los sacerdotes epulones, así entre los romanos como entre estos indios.

No ofrece pequeña consideración aquel acto que los gentiles hicieron en

² Div. Augt. lib. 3. de Civit. Dci. cap. 20. et lib. 6. cap. 6. et 7.

³ Tit. Liv. Dec. 1. lib. 5.

⁴ Div. Aug. lib. 6. de Civit. Dci. cap. 7.

aquellos días de los convites, para aplacar la ira de sus dioses, en aquella necesidad de mostrarse liberales con todos, perdonándose unos a otros y comiendo y bebiendo juntos, como gente enseñada por la razón natural que enseña que, para agradar a Dios, se requiere mostrar amor al prójimo y ser piadoso con él, aplacándole en su enojo y reconciliándose con él en sus iras. De donde podemos bien colegir un cristiano documento y es, que no os pide Dios nuestro señor y salvador cosa nueva, ni fuera de razón, sino lo que la razón y lumbre natural nos enseña y dicta, cuando nos manda que antes que ofrezcamos el sacrificio a Dios, nos reconciliemos con nuestros hermanos, y amemos y hagamos bien a nuestros enemigos, y que seamos con todos misericordiosos, que si diéremos, nos darán, y que si perdonáremos, seremos perdonados, y otros preceptos caritativos y semejantes.⁵

CAPÍTULO XXVIII. *Del adorno y vestiduras de los sacerdotes de que ordinariamente andaban vestidos, y de los particulares aderezos con que se engalanaban los días festivos y de Pascua; y se dicen las causas por qué conservaban el cabello y la tizne*



SI BIEN SE NOTAN MUCHAS NACIONES de las pasadas, y se consideran las presentes de esta Nueva España, se verá que fueron muy semejantes las unas a las otras. Y aunque en los capítulos de atrás hemos comparado sus sacerdotes en muchas cosas, no lo fueron menos en el vestido, porque de los sacerdotes de Egipto, dice Herodoto¹ que andaban vestidos de unas vestiduras de lino delgadas, y no podían vestir de otra cosa. De estos de esta Nueva España se dice que vestían de algodón unas mantas largas y sencillas, sin poder usar otra ropa. Aquéllos también traían calzados unos zapatos o suelas, a manera de alpargate, de cierto junco que había en Egipto; y éstos, con unas sandalias (que en su lengua se llaman cacles) sin tener otro género de calzado. También se bañaban y lababan sus cuerpos, porque no hubiese alguna suciedad e inmundicia en ellos, para ofrecer los sacrificios; los de Egipto, en el río Nilo; y estos mexicanos, o nahuales, en fuentes y albercas que tenían en los patios interiores de los templos. Sobre estas vestiduras dichas vestían los días de fiesta y particulares otras, a manera de sobrepellices o roquetes, en especial el sacerdote mayor, con la cual vestidura (como vestido de pontifical) entraba a la expedición de los sacrificios. No sé si el andar vestidos éstos con estos ornamentos curiosos fue remedo que el demonio quiso que hiciesen sus ministros a los de Dios, mandando que su sacerdote mayor (dejados otros arceos) vistiese una túnica de lino, con que saliese galán a la celebración del incien-

⁵ Math. 5. Luc. 6. Ad Rom. 5.

¹ Herod. lib. 2. cap. 37.